

Todo por 10 centavos

Jorge Ricaldoni

Vea la vida color de rosa

TODO POR 10 CENTAVOS



JORE A. RICARDONI

Serie Cuentos Fantásticos

Capítulo 1

TODOS POR 10 CENTAVOS

Aquella mañana de verano, Josep salió de su casa muy temprano, cuando el sol apenas mostraba su rubia melena en el horizonte la que se peinaba mirándose en unas pocas nubes. Pese al calor, Josep vestía un traje de franela gris, con una gorra del mismo color y llevaba un morral de lona verde, bastante gastado, colgado del hombro.

Caminó por una calle de tierra en dirección a la estación del Ferrocarril Central Norte. Cruzó las vías y se paró en el andén de bajada a Buenos Aires. Revisó sus bolsillos y comprobó que tenía la libretita de cuero rojo con el abono ferroviario mensual. Observó impaciente al reloj de la estación que marcaba las seis menos diez de la mañana. Miró en dirección al Norte, y por sobre el cartel que indicaba el nombre de la estación "Don Torcuato", vio la columna de humo de la locomotora que traía al convoy desde Villa Rosa.

A las seis menos cinco minutos, la locomotora se fue deteniendo frente al andén. Todos los pasajeros se alejaron de las vías porque las nubes de vapor que se producían en la frenada del convoy, lo envolvían todo en el olor incisivo del carbón de piedra quemado.

Bajó poca gente. Generalmente eran trabajadores que iban a las quintas de la zona.

A la mayoría se los adivinaba italianos. Josep los distinguía por la forma de los bigotes y porque siempre gesticulaban y gritaban cuando hablaban. No esperaron a que el tren se detuviera totalmente para lanzarse al andén con sus herramientas. Cuando todos bajaron, los pasajeros que esperaban en la estación, subieron al tren. Josep subió al primer vagón de pasajeros que era el de tercera clase. Lo ponían inmediatamente después de los dos furgones de carga porque era el que soportaba el humo, vapor, y a veces, hasta chispas encendidas de las locomotoras Baldwin inglesas.

Cargaron varios tarros de leche y canastas. Ni bien todo estuvo sobre el furgón, el jefe de la estación hizo sonar la campana y el maquinista anunció la partida con un pitido muy agudo, de doble tono, característico de las locomotoras suizas de trocha angosta que motorizaban a aquella línea suburbana.

La velocidad se incrementó y Josep miraba el paisaje por la ventanilla abierta. Prefería aguantar el humo antes que el calor de la mañana. Su rostro se veía nostálgico. Se atusó los bigotes manubrio cuando se vio reflejado en el vidrio de la puerta del vagón.

Unos golpecitos nerviosos del guarda en la manija de bronce del asiento de madera, lo sacaron de sus pensamientos. Metió la mano en el bolsillo y le entregó la libretita con el abono. El guarda lo saludó como todos los días, miró la fecha del abono como si fuera la primera vez, picó en el espacio correspondiente al viernes 19 de diciembre de 1930, en el lado que decía IDA, y se lo devolvió agradeciéndole con un leve toque en la visera de la gorra.

Josep volvió a mirar hacia afuera cuando el tren cruzaba el interminable puente sobre el río Reconquista y que continuaba sobre la línea ferroviaria del Central Argentino. A partir de allí, las vías del tren se alejaban un poco de la Ruta Nacional 9. A poco de superar el puente, el convoy se detuvo en la estación Boulogne Sour Mer. Subió poca gente y no había ninguna carga. El tren partió rápidamente. Luego vinieron las restantes paradas en la provincia y el cruce sobre la Avenida Gral. Paz. En la Capital Federal se detuvo varias veces. La Parada Balneario, era la que más le gustaba a Josep porque se veía el río abierto. Finalmente, el tren llegó a la bella estación terminal de Retiro.

Salió con toda la gente vestida de gris y con gorras hacia la Plaza de los Ingleses. Caminó por Maipú hasta el Paseo de Julio. En una plazoleta esperó que pasara alguno de los tranvías que lo llevarían hasta el Correo Central. El primero en llegar fue el 25. Subió por la parte de atrás y el guarda italiano le vendió el boleto obrero de 10 centavos. El tranvía estaba repleto así que tuvo que viajar parado. Cuando se estaban acercando al Correo Central se corrió hacia la parte de adelante del coche y le pidió al motorman que parara en la Avenida Corrientes. Como era el

único pasajero que bajaba en ese lugar, y el “varita” de mangas blancas le daba paso al tránsito que iba por el Paseo de Julio, el conductor lo único que hizo fue aminorar la marcha y Josep se tuvo que bajar corriendo siguiendo el sentido de marcha del tranvía.

Cruzó por la calle Sarmiento hasta la entrada al puerto. A pocos metros de allí estaba la grúa guinche donde tenía que tomar el turno. Las radas eran un hervidero de estibadores, marineros, mendigos, braceros buscando trabajo, carros tirados por caballos que bosteaban permanentemente. Vaya a saber por qué, los camiones siempre se negaban a arrancar hasta el cuarto o quinto intento. Se subió por la escalerilla lateral sintiendo la vibración del gigantesco motor eléctrico Ganz que era el corazón de aquel brazo mecánico.

Entró a la cabina y su compañero del turno anterior, un criollo morochazo, lo recibió con una sonrisa blanca y un fuerte apretón de manos.

—¡Gracias por llegar siempre a tiempo! —le dijo su compañero.

—Mientras el tren llegue en hora... —se atajó Josep.

—Los trenes siempre llegan a tiempo —dijo el hombre.

—El Central Argentino puede ser, pero no se olvide que yo vengo en el trocha angosta del Ferrocarril Central Norte —le explicó Josep.

—Lo mío es peor, que lo suyo, amigo mío. A mi barrio, en la Chacarita, no llega ni el tren ni el tranvía, así que tengo que venir desde Primera Junta en el colectivo 7. Son una porquería. Esos artefactos no van a funcionar nunca. ¡Tardan mucho! Además, se descomponen a cada rato. Son Ford o Chevrolet... norteamericanos... ¡Una porquería!

—¿Qué tenemos hoy? —Le preguntó Josep cambiando abruptamente de tema.

—Hay que embarcar latas de corned beef y de carne de cordero para Alemania —le contestó su compañero.

—¿A Alemania? ¿Quién manda eso? —preguntó Josep sin disimular su disgusto.

—Los ingleses de Swift.

—¡Qué raro! ¿Por qué salen de este dique y no del puerto que ellos tienen en La Plata? —Se extrañó Josep.

—Para mí que no quieren que se sepa que cargan alimentos en un vapor para Alemania —supuso el criollo.

—Los ingleses, algún día se van a arrepentir de darles de comer a los alemanes. Mis padres en Varsovia, dicen que, desde Alemania y Rusia, amenazan a Polonia por radio todos los días —contó Josep.

—¡Aaah! ¡Perro que ladra no muerde! Los polacos tienen los tratados de no agresión y la alianza con Francia —comentó el compañero de Josep mientras salía de la cabina de la grúa guinche— Aparte, este gobierno de Weimar es muy débil.

—Me preocupa ese Adolph Hitler que vi en el noticiero del biógrafo.

—¡No joda con ese, che! Parece Carlitos Chaplin después de haber pasado una mala noche.

—Dios lo oiga... —Contestó Josep mientras le daba otro apretón de manos a su compañero que salía. —¡Suerte con el colectivo!

—¡Hasta mañana, si Dios quiere! —terminó el hombre.

—¡Querrá...! ¡Seguro que querrá!

Josep empujó una palanca y el cable de acero, con una red en la punta, bajó hasta el muelle y se abrió como una medusa. Los estibadores colocaron cajas de cartón con un contenido que se adivinaba pesado. Cuando la pila llegó hasta los dos metros, más o menos, un capataz hizo sonar un silbato. Josep se dio por enterado. Hizo sonar una bocina eléctrica. Los estibadores se retiraron. Tiró de una palanca y el cable se enrolló en su bobina. La red aprisionó las cajas y las elevó. Josep, a medida que las levantaba, movía la cabina con el guinche en dirección al barco amarrado. Llevó el guinche sobre una compuerta en la cubierta del vapor alemán. Hizo bajar la carga lentamente haciendo sonar la bocina eléctrica insistentemente hasta que oyó la sirena del barco. Allí detuvo la máquina y la frenó. Sabía lo que pasaba aunque no lo viera. Él decía que su grúa tenía tácto.

Al mediodía, en su hora de almuerzo, cruzó hasta un galpón enorme que tenía unos ochenta metros de largo. La Nación Argentina había armado allí un comedor gigantesco. Los trabajadores del puerto pasaban con un plato y, por apenas dos pesos, les servían guisos o sopa de fideos. A los que no tenían el dinero para pagar, les servían igual. El lugar estaba lleno de obreros portuarios, marineros de todas las razas, estibadores, lisiados de la guerra europea, turcos escapados del Imperio Otomano cubiertos con sus turbans rojos, lumpenes, mendigos, prostitutas y desahuciados... Nadie se iba sin consolar, al menos, las oquedades en la barriga.

A las seis de la tarde, Josep bajó por la escalerilla de su grúa. Se cruzó con su reemplazante. Se dieron las manos y Josep terminó de bajar. Salió por la puerta de Sarmiento. Pasó por el frente del Correo cuando vio que venía el tranvía 46 que se solía vaciar en la Avenida Corrientes. Muchos combinaban allí con el Subte Lacroze. Cuando subió al tramway estaba casi vacío. Llegó a Retiro y se bajó en el Paseo de Julio y Florida, en la esquina del Parque Japonés. En lugar de cruzar por la plaza de los ingleses en línea recta a la estación, fue caminando por Florida para pasar por frente a la entrada del parque de diversiones. Allí había un gigantesco galpón de chapas pintadas de blanco que tenía un cartel que decía "Circo Parque Japonés". Al costado, a la izquierda, estaba la entrada al parque que era un semicírculo de hierro. Josep se paró mirando hacia adentro. Había mucha gente, se oía música, hacía calor y era viernes. Dos o tres veces amagó a entrar y se detuvo.

Apoyado en la base del semicírculo de la entrada, había un hombre, modestamente vestido, rubio y de ojos muy celestes, extendiendo su gorra en señal de pedir limosna. Lo vio a Josep y se le acercó:

—¿Me podría dar diez guitas? — pidió el mendicante.

Josep lo miró fijamente y le preguntó en polaco:

—¿De dónde es? ¿Polaco o lituano?

—¡Ambos! Soy de Kaliningrado, como usted. Se le nota en la voz
—contestó el pordiosero— Jozef Pildsuski se encargó personalmente de

deportarme de Danzig cuando dio el golpe de estado en el '25.

—¿Necesita los diez centavos para comer? No le van a alcanzar—se preocupó Josep contemplando el aspecto deplorable de su paisano.

— ¡No! necesito nada más que diez centavos para ver a mi familia. A Ewa, mi mujer, y a los niños que quedaron en Danzig.

Josep lo miró extrañado. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un puñadito de monedas. El pedigüeño le indicó una moneda de níquel de 10 centavos. Josep se la dio. El hombre le agradeció con exageradas reverencias.

—¡Espere! —Lo detuvo Josep— ¿Cómo hace para ver a su familia?

—Hay una máquina de Edison allí adentro. Echo una moneda de 10 guitas por la ranura, se enciende una luz y van pasando las fotos de ellos —contestó el refugiado.

El hombre, apurado, se dio media vuelta y se metió en el parque de diversiones. Josep asombrado, dudó un poco. Agachó la cabeza y cuando la levantó nuevamente, el hombre había desaparecido en medio de la multitud. Josep dudó nuevamente, pero finalmente entró.

Un marinero con uniforme de la Armada Argentina, lo interceptó de mal modo para pedirle dinero por el solo hecho de que era conscripto. Josep le dijo en polaco que no le entendía. El marinero lo mandó a la mierda en castellano. Josep apretó los puños, pero se contuvo. No estaba para pelearse con un conscripto, sino para averiguar si era cierto lo que decía ver su paisano o había terminado loco como tantos otros que habían nacido y crecido en una guerra sin fin ni sentido.

El parque era un extraño territorio. Los sueños se superponían a las fantasías, y en otros casos a las pesadillas y lo marginal. Todo tenía un leve toque de cierto surrealismo oriental mezclado con pacotilla teatral de cartón piedra, maderas y chapas de hierro abolladas de puro viejas.

A la izquierda de la entrada principal, estaba la carpa de los enanos y el puesto en el que se suponían que actuaban estos mismos hombres bajitos. El lugar estaba lleno de enanos que andaban de un lado para el otro sin ningún quehacer más que exhibir su estatura. Los niños los veían maravillados por tenerlos a su altura y que sin embargo tuvieran barbas y bigotes. No hacían nada, ellos eran un fenómeno en sí mismos y listo. Algunos estaban disfrazados de ayudantes de Papá Noel. Además de los enanitos había una enorme cantidad de gitanas deambulando por el parque, ofreciendo tirar las cartas o leer las líneas de las manos por un níquel de 10 guitas.

Todo estaba iluminado por guirnaldas de foquitos de colores. Al edificio del Coliseo Romano lo perfilaban con pequeñas lamparitas blancas.

El ruido se volvió ensordecedor. Cada sonido correspondía a una de las fantasías representadas en aquel parque de diversiones. Había un trencito a vapor que recorría todo el parque llevando a los niños y sus padres. Para el maquinista, debía ser como una especie de obligación ir tocando el silbato permanentemente. De esa forma avisaba a los caminantes distraídos y de paso magnetizaba a los niños.

En una jaula de acero había dos motociclistas, que daban vueltas y vueltas en lo que habían llamado "El círculo de la muerte". Los motores de ambas motocicletas roncaban ensordecedoramente. Josep se distrajo viendo esas dos poderosas máquinas e imaginó la maravilla que serían esos motores que seguían funcionando cuando estaban invertidos.

Todo era color blanco crema con fileteados de fina líneas azules y rojas, con algunos dibujos que, en la fantasía del fileteador, supuso que eran japoneses.

En el fondo del lote alguien cantaba con más virtud de la que se necesitaba tener para ser artista en la carpa de un parque de atracciones. Un polichinela intentaba dar volteretas con sus manos, lo que erraba una y otra vez. El olor de las manzanas acarameladas y del algodón de azúcar invadían el aire de por sí ya pesado de la tarde veraniega.

Había montones de gente por todas partes, monjas con huérfanos pidiendo limosna por la proximidad de la Navidad. Radicales que no salían de su asombro por el reciente golpe del 6 de septiembre. Socialistas de encendida verba que discurseaban a ínfimos auditorios. Anarquistas permanentemente indignados por la iniquidad de todo lo que ocurría en el mundo. Por otro lado, tres Reyes Magos con barbas de crin, sudaban la

gota gorda.

La montaña rusa era de madera y rodeaba a un falso volcán de cartón piedra. Los carros se metían por un túnel que tenía un cartel en la entrada que advertía "Cuidado con los sombreros". Más atrás estaba el falso volcán que humeaba y chisporroteaba en la cima, iluminando un cartel que decía "Parque Japonés" y que se veía desde el Paseo de Julio y también desde las grúas guinche de los diques del puerto.

En un puesto de lata, un hombre sin brazos tiraba al blanco con un rifle de aire comprimido que manejaba con los pies. En otro puesto, casi idéntico al anterior, un prestidigitador hacía maravillas con los naipes teniendo un solo brazo. En su rutina, decía a los gritos: "A pesar del accidente de moto en que perdí el brazo, me superé y aprendí a manejar las cartas". La explicación a Josep le sonó a confesión de un pecado. Cuando el prestidigitador decía que el accidente había sido en una moto, todo el público hacía comentarios o se asombraba en un "¡Ooooooh!" generalizado. El hombre sabía cómo imprimirle un sentido trágico a su discurso, para preparar al público a maravillarse mucho más con sus dotes de manco. Josep, mecánico experto y alma curiosa, le dio vuelta al retablo del prestidigitador, para verlo de espaldas. Así pudo notar que el hombre escondía un brazo, que no mostraba. Quedaba oculto en el saco del smoking gastado y brillante de tantas planchadas en seco. Era un brazo que se notaba subdesarrollado y deformado, con una mano como la de un bebé. Tal vez la deformidad fuera una situación más trágica para su vida que el supuesto accidente de moto, pero para el público ávido de morbo no hubiera sido tan atractivo. El casi manco era un buen administrador de su desgracia.

Las señoras con polleras largas y ajustadas caminaban con pasitos cortos y a Josep le daba vértigo cuando intentaban capturar a los niños díscolos que se les escapaban en la multitud. Los gritos llamando a los niños competían con los de los encargados de los puestos. Cada pocos metros las señoras abrían sus abanicos y se quejaban del calor y la humedad de Buenos Aires.

Josep reconoció a parte del lumpenaje que durante el día recorría el puerto. Al anochecer, indudablemente, se juntaban en el parque de diversiones a tirar la manga, tratar de conseguir un trago gratis o llevarse algo ajeno olvidado en un descuido. Un conocido prostituto del puerto era el que hacía de tragasables en un puesto de lata. El hombre lanzallamas era un estibador sindicalista anarquista.

—¡Qué coherentes! —musitó Josep para sí mismo.

Le llamó la atención la carpa de alguien que se hacía llamar "Sabú el magnífico". Era una especie de atleta musculoso que se untaba glicerina por todo el cuerpo y movía espasmódicamente los músculos,

especialmente los del abdomen. Las mujeres hacían gestos de repugnancia, pero no le sacaban los ojos de encima. Los niños trataban de imitarlo. Las moscas lo sobrevolaban por cientos atraídas por el aroma dulzón del ungüento para obtener el lustre de la piel.

Desde los altoparlantes se oía la voz de Alberto Morán, entonando “Me da pena verte barriada de Flores...”, que parecía que era el único tango de finales del año 30.

Finalmente, en una carpa, al lado del volcán, Josep distinguió al polaco que le había magueado el níquel.

Adentro de esa carpa había unas cincuenta viejísimas máquinas de Edison en las que, la gente, ponía una moneda en una ranura y miraban a través de un vidrio de aumento. Mientras tanto, se encendía una lámpara de filamento. Se hacían girar las manivelas de cada máquina para que las fotos pasaran delante de sus ojos. El paso de las fotos sucesivas daba la ilusión de movimiento. Se veían brevísimas películas de cow-boys que duraban un par de minutos cada una, dependiendo de la velocidad con la que se girara la manivela.

Cuando las fotos se acababan, la luz se apagaba y la manivela se inmovilizaba. Tenían que poner otra moneda de 10 centavos en la siguiente máquina donde continuaba el episodio. Había cow-boys, escenas eróticas de una mujer en ropa interior con medias y viso de seda. Lo que más atraía a los hombres eran las secuencias de terribles crímenes con inmensos cuchillos entre sombras y contraluces.

En el fondo de la carpa había una máquina solitaria, descascarada, tenía un cartel pintado del que se veía solo la mitad final. Al inicio de la frase se la había llevado un remiendo en la lona. Incomprensiblemente, tan solo se podía leer “...más queridos, por 10 centavos”. En esa máquina estaba el polaco, haciendo girar la manivela muy lentamente y sonriendo. Josep se le acercó y le preguntó en su idioma natal, qué era lo que miraba con tanto entusiasmo. El hombre se dio vuelta, lo miró de arriba abajo y le contestó.

—Este es mi hermano Carol con mi hijo Ladislav. ¿Quiere verlos?

Josep se acercó al vidrio de aumento y vio una foto coloreada de Charles Chaplin con Jackie Coogan tomada de un fotograma de “El pibe”. Se alejó contrariado, lo miró al polaco y le dijo:

—Son Chaplin y Coogan.

—No, son Carol y Ladislav... ¡Cómo ha crecido este chico! —continuó

haciendo girar la manivela— ¡Esta es Ewa, mi mujer! ¿No es hermosa?

Josep se acercó al visor y vio una foto prolijamente retocada a pluma de la diva Greta Garbo.

—Sin embargo, a mí me parece que es Greta Garbo... —comentó Josep.

El polaco no le prestó atención y giró la manija.

—¡Mire! ¡Aquí esta Ewa con Doda! Doda tenía apenas un año cuando me exiliaron. Está hermosa... ¡Mírela!

Resignado, Josep volvió a mirar por el visor y se encontró una foto de Carol Lombard y Shirley Temple. Josep hizo un gesto de negación con la cabeza. El polaco volvió a mirar por el visor y le dijo a los gritos:

—¡Son Ewa y Doda en el jardín de mi casa de Danzig! ¡Lo que pasa es que usted no las conoce!

La luz de la máquina se apagó y la manija quedó frenada. El polaco hizo un gesto de resignación al notar que ya no le quedaban monedas. Lo miró suplicante a Josep, que revolvió en el bolsillo y le dio dos de los tres níqueles que le quedaban.

—¿La otra no? —Le preguntó el polaco con gesto de inocencia.

—La necesito para sacar el boleto de vuelta— mintió Josep.

Esperó que su coterráneo viera dos vueltas de fotos. Cuando la luz se apagó por segunda vez, el polaco se golpeó resignado el muslo con la gorra y se fue. Cuando estaba por salir de la carpa se dio vuelta, lo miró a Josep y le dijo:

—Para mí, esto es más importante que comer. ¡Gracias amigo, que Dios lo bendiga!

El hombre se fue casi arrastrando los pies. Su figura delgada y el pelo desprolijamente largo lo igualaban con otros que, como él, deambulaban como fantasmas en la noche del Parque Japonés. Cuando se perdió de vista, Josep se acercó a la máquina e introdujo el último níquel de 10 que le quedaba. Se acercó al visor y para su desconcierto había una foto de él mismo con una chica muy bella a su lado.

—¡Catarina...! —dijo con asombro.

—¿Quién es Catarina? —le preguntó desde atrás la voz en polaco. Josep se dio vuelta y vio al hombre que había regresado con otro níquel en la

mano.

—La tanita que conocí en el conventillo de La Boca ni bien llegué a Buenos Aires hace cinco años.

—¡Siga girando la manivela entonces! —Le dijo el polaco— ¿Vio que no le mentí?

En la siguiente foto se vio nuevamente a sí mismo, también a Catarina que llevaba a un bebé en brazos. Se alejó del visor espantado, con lágrimas en los ojos.

—¿Y esto? —le preguntó al polaco.

—Usted tiene que meter su moneda por la ranura para ver la vida color de rosa. ¡Siga!

Josep volvió a girar la manivela y en la foto siguiente estaba una vez más él mismo. Catarina también, pero esta vez con dos niñas. Atrás estaban sus propios padres que habían quedado en Kaliningrado. Todos estaban en la quinta de Don Torcuato. Sus padres se veían muy viejos, pero todos sonreían. En las siguientes fotos se vio a sí mismo, adulto, con dos muchachas que tenían rasgos que le resultaban familiares. El resto de las fotos parecían haber sido tomadas en un extraño futuro. Una de ellas lo mostraba a él y a su padre arreglando el motor de un automóvil rarísimo con números pintados, por lo que debía ser de carrera como los que había en Europa.

Siguió dando vueltas la manivela hasta que la luz se apagó. Se alejó de la máquina. El polaco puso su propio níquel. Josep se fue caminando lentamente, tenía una larga espera hasta que saliera el último tren que paraba en Don Torcuato.

El lunes 22 y el martes 23 de diciembre de 1930, la rutina de su viaje y su trabajo se repitieron. Al atardecer pasaba por el Parque Japonés e iba directamente a la carpa de las máquinas de Edison, y en particular a aquella a la que nadie le prestaba atención, porque prometía nada menos que ver la vida color de rosa. Vio las fotos de Catarina y aquellas niñas, que por ahora le eran desconocidas. Repetía el proceso muchísimas veces.

El miércoles 24 al mediodía vio de lejos al polaco menesteroso pidiendo su plato de alimento en el comedor del puerto. Por ser 24 de diciembre les sirvieron pollo guisado.

Esa tarde el Parque Japonés no abrió, así que cruzó directamente a la estación del Ferrocarril Central del Norte. Llegó a su casa, se cambió y se

fue a pasar su solitaria Nochebuena en la capillita del pueblo.

El viernes 26 de diciembre marcó la vuelta a la rutina, pero con un calor agobiante. Hizo el cambio de turno como todos los días a las nueve de la mañana. Se sacó la camisa para aguantar mejor el calor adentro de la cabina de la grúa guinche. Vio sus músculos brillantes por el sudor e intentó, sin suerte, repetir el movimiento de músculos que hacía el envasado "Sabú el magnífico".

Ese día debía seguir en su puesto hasta las dos de la tarde. Al mediodía vio, desde su posición privilegiada, entre la arboladura de los barcos, que de la montaña rusa del Parque Japonés salía una humareda demasiado densa y oscura. A los pocos minutos oyó pasar a los carros de los bomberos que se desplazaban a toda velocidad por el adoquinado del Paseo de Julio tocando la campana con desesperación. Adelantó la grúa para tener una vista más despejada. Salió a la portezuela de la cabina para ver mejor y ya no había dudas. La montaña del Parque Japonés estaba prendida fuego, pero esta vez de verdad. Se desesperó y bajó por la escalerilla de hierro que le quemó las manos por estar expuesta al sol del mediodía.

El capataz lo increpó recordándole que no podía dejar la grúa hasta las dos de la tarde.

—Hay un incendio enorme en el Retiro. ¡Tengo que ir! —Le gritó Josep.

—¡Vuelva a su lugar! —Lo interrumpió el capataz, mientras Josep sin oírlo corría desesperadamente en dirección al Norte.

—¡Soy bombero voluntario! ¡Mi obligación es ir! —mintió mientras corría.

Cruzó las cuerdas que lo separaban de Retiro en pocos minutos. Cortó camino por los campos de Catalinas Norte y llegó al Parque Japonés por la parte de atrás. Los bomberos estaban atacando al fuego que se había iniciado en la montaña rusa. Los cuidadores sacaban a los animales del Circo de Berlín que funcionaba en el galpón blanco, y también los mansos leones del Coliseo Romano. Los llevaban a los campos de Catalinas. Una madera encendida cayó sobre la carpa de las máquinas de Edison prendiendo fuego a las lonas como si fueran papel viejo. Josep, desesperado, quiso avanzar en el momento que salía el cuidador alemán con los elefantes que se veían muy nerviosos. Josep retrocedió. La carpa ardía, llevándose en las lenguas de fuego las ilusiones y la vida color de rosa.

Esa tarde, en el camino de vuelta para su casa, el Parque estaba cerrado. Vio al polaco entre los cientos de curiosos que se reunían sobre Florida para ver los restos humeantes de la estructura de madera, que había quedado desnuda del cartón piedra quemado. Tenía el rostro desencajado.

Estaba perdido. No le pedía nada a nadie. En un instante se mezcló en la multitud y ya nunca más lo volvió a ver.

El lunes 29 de diciembre, cuando terminó su horario de trabajo, Josep se lavó cuidadosamente, se cambió la ropa, se perfumó con Colonia de La Franco-Inglesa y salió en dirección al Paseo de Julio. En lugar de tomar el 25 o el 46, en dirección a Retiro, tomó el tranvía 12 que lo llevaría a unas pocas cuadras del conventillo donde había vivido en La Boca. El tranvía lo llevó por Paseo de Julio y luego por Paseo Colón. Josep se estiró cuanto pudo cuando el tranvía giró a la izquierda en la Avenida Brasil para ver por las ventanillas el Parque Lezama que se le antojaba el más bello del mundo, o al menos de la parte que él conocía. Lo que más le gustaba del viaje era cuando el vagón eléctrico recorría, a los sacudones y frenadas, los amarraderos, fábricas, talleres y saladeros de la Avenida Pedro de Mendoza frente al Riachuelo.

Se bajó en la intersección con la calle Necochea. Los nervios lo carcomían. ¿Caterina seguiría viviendo en el conventillo? Dobló a la derecha en la calle Suárez, pensando en que lo que estaba haciendo podría terminar en un papelón. ¿Y si Caterina se había comprometido? O tanto peor... ¡Si se hubiera casado! Cinco años era mucho tiempo, pero lo que vio en la máquina de Edison parecía tan real. ¿Se acordaría de él? Tres veces se detuvo como Jafas negando a Jesús. Tres veces quiso salir corriendo. Hizo un esfuerzo de su voluntad, y se obligó a seguir caminando hasta que llegó al conventillo de la calle Suárez con más vergüenza que ansiedad.

Entró tímidamente, con la gorra en la mano y con el torso ligeramente inclinado, como pidiendo perdón por su atrevimiento. Algunos vecinos lo reconocieron y lo saludaron con grandes muestras de afecto. La mayoría eran italianos. Casi todos parecían alegrarse sinceramente. Josep, poco afecto a las demostraciones y a los intercambios sociales, se acercó a la puerta de la habitación de Catarina. Una vieja portuguesa, desdentada y gritona, que había estado allí desde siempre, sentada en vigilia frente a la puerta de la habitación contigua a la de Catarina, le dijo en tono de reprimenda y a los gritos con voz chillona y arrastrando las eses:

- ¡Polaquito! ¿Vos por acá? Yo no pensé que fueras a volver... Te anduvieron buscando porque te necesitaban, y vos que desapareciste...
¿Para onde merda você foi?

La mujer siguió gritando de los muchos que lo habían extrañado y de lo que lo necesitaban cada vez que se rompía el bombeador del agua. De pronto Josep ya no entendió lo que decía la vieja. Le sonrió por compromiso y golpeó a la puerta de la habitación de la Tanita. Esperó y vio que la puerta se abría.

Lo atendió un muchacho rubio de bigotes caídos como todos los italianos. Primero lo miró escrutadoramente. Josep imaginó lo peor. Ese muchacho

debía ser el marido de Catarina. Todavía podía salir corriendo.

—Disculpe —dijo Josep arrebatado de apocamiento— creo que me equivoqué...

La cara del muchacho se iluminó con una inmensa sonrisa llena de dientes blanquísimos, se le fue encima y Josep no alcanzó a retroceder lo suficiente y terminó recibiendo un abrazo como solo los italianos los saben dar.

—¡Polaco! ¡Loco de mierda! ¿Dónde carajo te metiste? ¡La puta que te parió! ¡Siempre más para adentro que ombligo de gordo!

Josep miró cuidadosamente al muchacho y le preguntó casi con miedo y en voz muy queda:

—¿Gianni? ¿Gianni Rossi?

—¡Pero claro Polaco! ¿O te crees que siempre voy a tener 13 años? ¡Sabés cómo te buscamos! Estamos armando un taller de coches y camiones acá a la vuelta. Ya no apostaba ni diez guitas por verte de nuevo.

La tanita Catarina, más linda que una luna llena en una noche de verano, desde adentro continuó la frase de su hermano menor:

—En cambio yo sí los hubiera apostado. Sabía que ibas a volver...

Ya nadie más pudo volver a ver la vida color de rosa por un níquel en el Parque Japonés, pero Josep supo que podría vivirla de ese color, y todo por 10 guitas.

© 2010 ~ 2016

Jorge Alejandro Ricaldoni

